

HERMANN GONZÁLEZ OROPEZA, S.J.

Arturo Sosa A.



Es una obligación para SIC rendir en sus páginas un homenaje especial al P. Hermann González Oropeza, fallecido recientemente. El archivo de la revista recoge su firma desde 1951. Fue miembro del Consejo de Redacción durante muchos años. A lo largo de toda su vida, fue un lector y comentarista apasionado de las ideas y propuestas que ella presentaba. Hermann, como cariñosamente le llamábamos, es parte de la familia SIC. Y a esta familia le supo regalar sus dones y méritos especiales: su apasionamiento por el país y sus problemas, por los esfuerzos de la Iglesia para encarnarse en la realidad del país, por la investigación y el conocimiento histórico...

Nos acompañó de manera muy especial en la celebración del 60 aniversario de la revista, como sintiéndose tío abuelo del equipo que actualmente la hacemos posible. No podía ser de otra manera para quien su propia biografía estaba reflejada en la historia que recoge SIC a lo largo de su existencia. Y es que Hermann forma parte de esas generaciones de venezolanos que han llevado en sus hombros la vida de la República, sus avatares, conflictos y sueños. Si algo refleja la vida de este venezolano, es su ardiente compromiso por construir una sociedad digna para todos sus hombres y mujeres. Para ello, puso en juego sus habilidades intelectuales de historiador, sus dotes de organizador y su sentido político. La biografía del P. Hermann es la biografía de las luchas y aspiraciones del país, desde el fallecimiento del General Gómez hasta nuestros días.

Ese amor por Venezuela lo vivió desde su vocación jesuítica y su identidad eclesial. Hermann se sentía parte de esta Iglesia que vive su fe en medio de esta tierra y que debe dar en ella testimonio y frutos abundantes. Como hombre de Iglesia, Hermann vivió, estudió, comprendió y amó hasta el extremo a este país. Por eso la vida de la Iglesia era su vida, la palabra de sus pastores su guía, y sus orientaciones pastorales su tarea inmediata. Como hijo obediente de la Iglesia sabía manifestar su amor por ella aportando siempre su palabra libre y su discernimiento. Actitud ésta que han admirado muchos obispos venezolanos.

En los últimos años de su vida, Hermann fue para SIC un interlocutor privilegiado, no sólo por sus conocimientos y larga experiencia, sino también y fundamentalmente porque lo sentíamos como parte de ese país preocupado por su rumbo y su destino. Desde su cátedra en la Universidad Católica Andrés Bello, desde su atención privilegiada a los niños y jóvenes, y desde su pluma de escritor e investigador, Hermann seguía el pulso de los acontecimientos y sabía estar siempre disponible para el diálogo, el consejo y la guía.

Presentamos a nuestros lectores la bella homilía pronunciada por el P. Arturo Sosa con ocasión de las exequias del P. Hermann González en la Iglesia de San Francisco de Caracas, el 12 de febrero pasado.

(N. de la R.)

Arturo Sosa A. es Superior Provincial de los jesuitas de Venezuela.

Evocar la figura del P. Hermann González Oropeza en este momento en que lo despedimos, me produce, antes que nada, una extraña e intensa sonrisa interior. Los muchísimos momentos compartidos agolpan tales recuerdos en mi memoria y mi corazón que no pueden sino producir esa intensa sonrisa interior. Supongo que a Ustedes también. Quienes estamos aquí reunidos fuimos ganados por ese amor apasionado de Hermann hacia cada uno y hacia cada una de las muchas cosas en las que se comprometía.

Eso fue Hermann, apasionado venezolano, apasionado jesuita, apasionado sacerdote, docente, investigador. Permanente conmovido, hasta lo más profundo de sus entrañas, por la situación de pobreza o abandono de niños y jóvenes. A veces acogotado por lo que él mismo llamaba su “pesimismo cósmico” ante la dificultad de encontrarle salida a tantos y tan graves problemas que aquejan a la gente de Venezuela. Siempre dispuesto, por otra parte, a emprender acciones imposibles, grandes y chiquitas, para enfrentar los grandes problemas o solucionar alguna de las situaciones personales, académicas o espirituales de alguna de las muchas personas, de todas clases que se le acercaban a pedirle consejo.

A ese Hermann, orgulloso de haber nacido en Carora (3 de julio de 1922) y de haber experimentado la Venezuela dominada por Juan Vicente Gómez desde una parte de la provincia, en la que se podían tener ciertas libertades intelectuales, que salió de su casa familiar (1939) tocado por la vocación sacerdotal y la siguió consecuentemente durante 55 años en la Com-

pañía de Jesús, es al que hoy despedimos con el compromiso de seguir cuidando el pedazo de la viña del Señor que él desbrozó, limpió, sembró, abonó y cuidó con esmero.

LA FE QUE LUCHA POR LA JUSTICIA

El P. Hermann no se detenía ante obstáculo alguno para avanzar por el camino de sus convicciones. Sabemos bien que era un hombre de convicciones. Su inteligencia despierta y su asombrosa cultura humanística no se convirtió en refugio de dudas e indecisiones. Conocía muy bien la complejidad de los problemas de Venezuela, la Iglesia y el mundo. Ese conocimiento, una y otra vez renovado con nuevos estudios y análisis, antes que inhibirlo, servía de acicate para la acción, la grande y la pequeña.

Por eso entró en la Compañía de Jesús. En su casa paterna y en el Liceo La Esperanza de Carora, empezó a oír lo que sucedía en Venezuela y el mundo, curioseando los periódicos y libros que caían en sus manos fue atando cabos. La fe práctica de su papá Miguel y su mamá María Sofía lo empujaban a hacer algo. A Monseñor Montes de Oca, le escuchó decir que “los Jesuitas eran la milicia más aguerrida y audaz de la Iglesia”. Por casualidad escuchó una vez al P. Narciso Irala, jesuita misionero en China, y su curiosidad aumentó. Al conocer a los Jesuitas en el Seminario de Caracas, surgió su “decisión irrevocable de ser jesuita”. Había conocido a jesuitas de vida austera y profunda espiritualidad, competentes en sus clases, cariñosos y exigentes con los alumnos, conocedores del país y preocupados por incidir en su marcha. Un

año antes, en 1938, los PP. Manuel Aguirre y Víctor Iriarte habían fundado, con los seminaristas, la Revista SIC. En el Seminario, entre otros, estaban los PP. Epifanio Aguirre, Vicente Valdés, Alejandro Gastón, Guillermo Iburguren, Martín Odriozola, Vicente Pardo, ...

Después de su noviciado en Los Chorros, guiado por el santo P. Fernando Bilbao, un año en Colombia y dos en Oña (España), regresa a Venezuela para un año de magisterio en el Seminario (1948) y otro en el Colegio San José de Mérida. Basta la mención de esos años en la historia venezolana para imaginar cómo latía el corazón fogoso de Hermann y cómo crecían en él sus ganas de meterse en la candela.

La Teología en el Heythrop College de Oxon, Inglaterra, fue la ocasión de echarle cabeza a su fe y documentar la reclamación de Venezuela sobre los territorios usurpados por los ingleses desde sus posesiones guayanasas. En efecto, junto con Pablo Ojer, también recientemente fallecido, con paciencia de hormiguita y pasión venezolanista copiaron todo el archivo del Foreign Office relativo a la, entonces, Guayana Inglesa. Con ese material y el existente en la Cancillería venezolana, el primer Gobierno democrático de Venezuela presentó la reclamación internacional sobre los territorios que, desde entonces, aparecen en nuestros mapas.

Ordenado sacerdote en 1953 y hecha su Tercera Probación, regresa definitivamente a Venezuela en 1955 para desarrollar plenamente su capacidad de lucha por una Venezuela mejor. Su inquietud intelectual se convierte en una fecunda labor docente y de investigación desde la Universidad Católica Andrés Bello. Su obra publicada e inédita en Historia de Venezuela, civil y eclesiástica es monumental. Su capacidad de inspirar a otros en sus estudios e investigaciones y apoyarlos con su consejo, documentos y libros, es aún mayor. Su avidez de conocimiento y su memoria enciclopédica nos van a ha-

Eso fue Hermann, apasionado venezolano, apasionado jesuita, apasionado sacerdote, docente, investigador. Permanente conmovido, hasta lo más profundo de sus entrañas, por la situación de pobreza o abandono de niños y jóvenes.

cer mucha falta.

Al momento de su regreso, se olfateaba la transición de la dictadura perezjimenista al experimento democrático. Hermann no podía estar sino metido en ese proceso. Su condición de demócrata crítico, a veces encubierta con expresiones duras, lo llevaron a comprometerse muy a fondo con la transición misma, al mismo tiempo que se abría espacio a la Iglesia y a los principios de su Doctrina Social. El Movimiento Universitario Católico (MUC), la "capilla" Universitaria de la Universidad Central y, luego, la Parroquia de la Epifanía de la misma UCV fueron el modo de insertarse en el proceso desde muy adentro y en el corazón mismo del debate político que tenía en la UCV una arena difícil.

A los pocos años de haber regresado al país, los jóvenes del Hogar de la Virgen de los Dolores ya le habían ganado su corazón, y Hermann, por su parte, había logrado "entrarle" al P. Julián Barrena, su fundador. De esta manera, el Hogar empezó a ser una parte cada vez mayor de la vida del P. Hermann. Así se convirtió en el sucesor del P. Barrena, llevando la obra del Hogar mucho más allá de lo que era imaginable en aquel momento. Hoy el Hogar de la Virgen de los Dolores se encuentra en un momento de renovación importante, de ponerse a la altura de los desafíos de la juventud de este tiempo. Pierde a su Presidente, pero gana un nuevo intercesor en el cielo, quizás gane un ángel, un mensajero que lleve y traiga recados de los muchachos del Hogar a Papadiós y de El a sus responsables.

Ése es el Hermann que hizo presente entre nosotros el talante apostólico de un Pablo de Tarso como lo escuchamos en la Primera Lectura de la Eucaristía. El Pablo que se enfrenta con Pedro, con Santiago y Bernabé, llama "estúpidos" a los Gálatas y llama desviados a los que caminan por la letra de la Ley, abandonando el Espíritu del Evangelio de Jesucristo.



Hermann se fue combatiendo y va a seguir haciéndolo en cada uno de sus hermanos e hijos e hijas que empuñen sus armas. Por eso, resulta una significativa casualidad que despedamos a Hermann hoy, 12 de Febrero, Día de la Juventud, en recuerdo de la batalla de La Victoria en 1814, cuando jóvenes universitarios y seminaristas derramaron su sangre y pusieron su granito de arena en el camino de la emancipación de Venezuela.

NO VIVO YO, ES CRISTO QUIEN VIVE EN MÍ

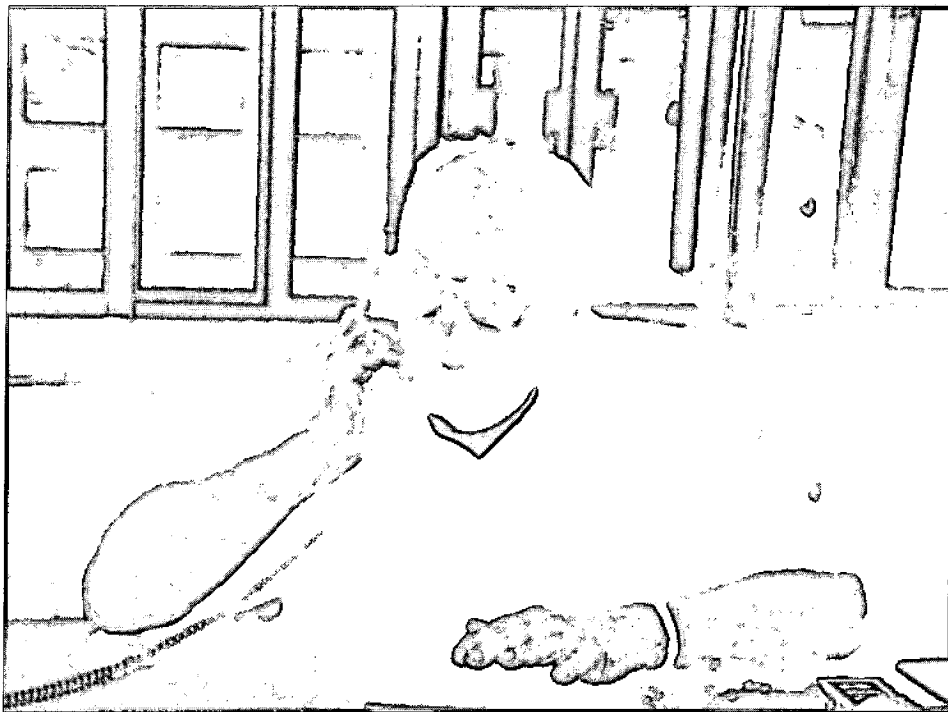
Por eso, Hermann puede pronunciar con su vozarrón y rotundidad habituales las palabras de Pablo: *Lo que es yo, estando bajo la Ley, morí para la Ley, con el fin de vivir para Dios. Con el Mesías quedé crucificado y ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí; y mi vivir humano de ahora es un vivir de la fe en el Hijo de Dios, que me entregó su amor entregándose por mí.*

Podemos reconocer en Hermann un hombre de fe. También sabemos por experiencia y reflexión teológica que la fe es un regalo de Papadiós. Pero, ¡cuánto le costó a Hermann vivir de la fe! Perdonen la indiscreción, pero me considero

testigo privilegiado de sus luchas interiores. Llegamos a ser profundamente *amigos en el Señor*, a pesar de la gran diferencia de edad. Es veinticinco años mayor que yo. Y de las diferencias de posiciones en muchas cosas. Como un amigo habla a su amigo, nos contábamos nuestras cuitas interiores. En 1992 él me dirigió los Ejercicios en la Vida Corriente y en 1993 se los dirigió yo a él. Juntos seguimos el pulso del país, de la Iglesia, de la Compañía y de la Provincia. Por eso sé ¡cuánto le costo a Hermann vivir de la fe!

Lo logró. Vivió de la fe hasta entregar su vida por ella. Lo logró porque amó mucho. Su apasionamiento por todo lo que emprendía no tenía otra fuente que el amor de Papadiós. Amó a su estilo. Su tono imponente se quedó en la superficie y siempre le podía más el amor bondadoso que cualquier otra cosa. Todo lo posponía para responder a esos impulsos del corazón cariñoso. No era capaz de cuidarse a sí mismo porque le parecía que perdía el tiempo. Por eso se desgastó en el servicio amoroso, perdió su salud, su vitalidad física y entregó su vida por nosotros, como experimentaba que Jesús de Nazaret la había entregado por él.

Para vivir de la fe, alimentada en



un amor sin medida, Hermann mantuvo una intensa vida espiritual. Era un hombre piadoso. Celebraba la Eucaristía cotidiana como si fuera la primera y la última. No dejaba el rosario ni la liturgia de las horas. La oración, no siempre fácil, la necesitaba como el queso blanco. Muchas veces encontraba la fe en los otros, en los que se le acercaban con fe, como Jesús ante la mujer fenicia del Evangelio de hoy.

Su fe la vivía en la Iglesia. Para Hermann resultaba evidente que la Iglesia, representada en el Papa y los Obispos, siempre tenía razón. Las Reglas para sentir con la Iglesia estaban para él absolutamente en concordancia con su experiencia espiritual, y dudaba de su propio razonamiento cuando no iba de acuerdo con el de la Iglesia. Y Hermann no era ingenuo. Ni política ni intelectualmente. Posiblemente ha sido el jesuita de la Provincia de Venezuela con mayores relaciones con la Iglesia de Venezuela. La conocía en sus más recónditas intimidades. Conocía y reconocía las fortalezas y debilidades de sus hombres. Amaba profundamente a esta Iglesia de Venezuela, y en su servicio encontró el sentido de su vida.

La Compañía de Jesús fue su otro gran amor. No recuerdo por

cuál motivo, tuve la homilfa en la Misa de Acción de Gracias por los 50 años de Compañía del P. Hermann, el 6 de Enero de 1993. En ella decía que, cuando Hermann decidió hacerse jesuita, "ser jesuita-venezolano era una de las tareas a realizar". No había muchos modelos. El noviciado acababa de abrirse, y allí estaban Epifanio Labrador y Pío Bello. Carlos Reyna, Leocadio Jiménez, Carlos Guillermo Plaza, Pedro Pablo Barnola, José Rodríguez Regalado y otros habían empezado, también, esa aventura.

Sólo ese amor tan grande por la Compañía hizo posible que superara sus conflictos interiores con orientaciones que no compartía ni comprendía, y los externos entre unas tendencias y otras. Porque amó mucho a la Compañía de Jesús y los jesuitas con los que vivía, todos, sin distinción de modo de pensar, lo sentimos siempre como hermano.

El amor por la Compañía y por Venezuela hizo que se preocupara muy especialmente por sembrar a la Compañía en Venezuela. Además, se lo prometió al P. Barnola antes de su muerte. Hermann se convirtió en algo así como el ángel protector de los jóvenes en formación. Vivía sus procesos, sufría con sus

crisis, se calentaba cuando los sentía faltos de guáramo, ... De ellos aprendió cómo el Señor suscita vocaciones en todas partes, de todos los niveles sociales, de toda la geografía del país.

El viernes pasado, con gran entusiasmo, el P. Hermann acompañó al P. General a Mérida al bautizo del libro de Carmen Carrasquel sobre el Colegio San José, fruto de la Maestría en Historia que fundó en la UCAB. Entusiasmo por la obra, por la memoria del Colegio y porque acompañaba al P. General. Por eso traigo a colación un párrafo de la carta que le escribió el P. Kolvenbach a Hermann con motivo de sus 50 años de jesuita. Dice el P. General:

Doy gracias a Dios por su vocación, querido Padre. Que Él le recompense con creces todo lo bueno que ha hecho en la Compañía de Jesús, por amor a Dios y a su Iglesia.

Deseo que el Señor nos lo conserve aún por muchos años, creciendo siempre en su amor y en su servicio.

Unámonos nosotros a esa acción de gracias de Dios por todo lo que ha significado Hermann para nosotros, para Venezuela, la Iglesia y esta Provincia de la Compañía. Nada podrá ya apartarnos del amor de Hermann. El deseo del P. General de que el Señor nos lo conserve se ha cumplido. Lo tenemos con Él para siempre. Allí está, acompañado por Miguel Angel, su papá, María Sofía, su mamá, la Hna. María Clotilde, Adela, José, Pastor y tantos otros seres queridos. Allí lo tenemos para que cuide a los muchachos del Hogar, los estudiantes de la Universidad, los jóvenes jesuitas y seminaristas en formación.

Allá lo tenemos, para siempre, ¡bendito sea Dios! Que el recuerdo del P. Hermann nos saque siempre esa sonrisa interior que viene de reconocer en nosotros el amor del Dios de la Vida.